

LLUÍS FERRAN DE POL

LOS HEREDEROS DE XANTA

Traducción e introducción de Mariano Martín Rodríguez

1. Fantasía épica y «arqueofantasía»

La fantasía épica o alta fantasía (*high fantasy* en la lengua *global*) es una modalidad de ficción que se puede definir de distintas maneras, según el hincapié que se haga en una u otra de sus características percibidas. A diferencia de lo fantástico, que se beneficia ya de un consenso en cuanto a su definición como género de ficción en el que la irrupción de lo sobrenatural (o preternatural) en el mundo primario y sujeto a las leyes de la naturaleza suscita como mínimo extrañeza, en la fantasía épica no tiene lugar esa extrañeza, porque no presenta mundo primario en el que pueda producirse aquella irrupción intranquilizadora. Los mundos ficticios de la fantasía épica son siempre secundarios, esto es, son construcciones imaginarias con sus propios parámetros espaciales y temporales, así como su propio orden social, religioso, cultural y ontológico, y su propia causalidad, que puede ajustarse o no a las leyes naturales de nuestro mundo primario, pero que es coherente y lógica en el marco de sus universos especulativos. Además, son mundos autónomos y cerrados, ya que la intromisión de personajes o realidades del mundo primario anularía su integridad como mundos secundarios. Desde este punto

de vista, no cabrían en la fantasía épica los viajes imaginarios en los que se accede al mundo secundario de forma racionalmente admisible, por no quedar rotas las leyes naturales durante el paso del mundo primario al secundario (o secundarios, como en los viajes de Gulliver). Tampoco cabrían las fantasías liminares (*portal fantasies*) en las que se pasa de un mundo a otro gracias a la magia u otro procedimiento racionalmente inadmisibles (por ejemplo, el paso por un armario de nuestro mundo al de Narnia).

No todos los mundos secundarios son épico-fantásticos, sin embargo. Los universos de los cuentos de hadas suelen funcionar con sus propias leyes, por ejemplo, seres imaginarios como las hadas tienen la capacidad mágica de orientar el destino de los héroes y de intervenir con su poder sobrenatural para ayudarlos o ponerles obstáculos. Sus historias se desarrollan, además, en espacios que no tienen existencia en nuestro mundo. La diferencia entre la ficción maravillosa y la fantasía épica es que la primera no tiene normalmente carácter especulativo, sino que está ligada a creencias folclóricas anteriores y ajenas a cualquier clase de racionalidad científica moderna. En cambio, en la segunda se construyen los mundos de ficción

atendiendo a las exigencias de una verosimilitud acorde con los procedimientos y afirmaciones de las ciencias humanas, y principalmente de la Historia, la Mitografía, la Etnografía y la Filología. En otras palabras, se construyen de manera *realista*, procurando que sean creíbles racionalmente a partir de sus propias premisas lingüísticas, étnicas, históricas y míticas imaginarias, las cuales se ofrecen con un grado de detalle concreto e individualizador que resulta innecesario en la ambientación convencional de los cuentos maravillosos, sean estos cultos o *populares*. En estos últimos, el contexto de la acción viene dado por la tradición. Lo mismo puede decirse de la amplísima producción mítica y legendaria sobre las aventuras de dioses y héroes en tiempos ajenos a la historia positiva del mundo primario, pero que se ofrecen a los escritores y artistas como un acervo que solo hace falta *recrear* con mayor o menor originalidad, desde las reescrituras divulgativas de la materia mítica griega o germánica hasta la de materias legendarias paganas diversas tenidas por patrimoniales, tales como la de Troya o la de Hércules entre los griegos, la de la fundación de Roma entre los latinos, la del Ulster entre los celtas irlandeses, la de nibelungos entre los germanos de Escandinavia, la de Bohemia y sus amazonas entre los eslavos checos, la del *Kalevala* entre los fineses o la de Cantabria entre los vascos, limitándonos a lo que es hoy Europa.

En la fantasía épica, el mundo en el que se producen las peripecias narradas es una invención autoral y, por lo tanto, sin precedentes en lo esencial. Este carácter inventado se expresa a menudo mediante una toponimia y una onomástica asimismo inventadas, las cuales sirven de marcas lingüísticas claras de que el mundo secundario que se propone no tenía existencia previa ni siquiera en el universo de la ficción. Incluso cuando esos topónimos y nombres existen en el mundo primario, no se

atribuyen en el secundario épico-fantástico a objeto alguno que corresponda con el del mundo real de la historia o el mito. La Zamora del mundo de Conan no corresponde en nada, por ejemplo, a la ciudad castellana de ese nombre.

Elementos puntuales de conjuntos míticos o históricos documentados pueden entrar en la composición de un mundo secundario épico-fantástico, pero aquellos elementos están subordinados a las características inventadas de este y se los ha sometido a una resignificación más o menos profunda, tal y como hizo Platón al *subcrear* (en el sentido tolkieniano) la Atlántida como mundo secundario, el primero y uno de los más influyentes y *recreados* del universo ficticio de la fantasía épica. Platón no inventó por completo esta última, ya que sus dioses son aún los del panteón patrimonial no resignificados, pero sí utilizó procedimientos de obtención de la verosimilitud que anuncian los de aquel género de ficción en sus manifestaciones modernas, que siguen la lógica de nuestra comprensión científica y filosófica del mundo. Por ejemplo, adoptó la escritura historiográfica que había consagrado poco antes Heródoto, y lo hizo con tal maestría que aún sigue habiendo quienes buscan las ruinas de una Atlántida material, algo que equivaldría a buscar las ruinas de Númenor u otros lugares del universo ficticio tolkieniano, lugares que también se describen a menudo mediante el discurso de la ciencia y su escritura, sea esta historiográfica o mitográfica. Además, la Atlántida platónica presenta otra de las características comunes en la fantasía épica, que es su lejanía temporal. Los miles de años que, según Platón, habrían transcurrido entre la destrucción de la Atlántida y su época hacían que aquella isla-continente perdida se perdiera en las nieblas de la leyenda y que escapara así al tiempo histórico normal. La época de la Atlántida no solo era anterior a la presente, sino

que la separaba de esta un abismo que tendía a hacerla cualitativamente distinta. Platón no llegó a separarla por completo, pues la Atenas que luchó con los atlantes no era escindible de la de su tiempo. Fue el corte completo del cordón umbilical con la historia documentada lo que permitió el nacimiento de la fantasía épica moderna, al generar así mundos secundarios ficticios ya autónomos y cerrados, fuera del transcurrir histórico o mítico documentado.

En los mundos épico-fantásticos predomina una cosmovisión que, a diferencia de la narrativa caballeresca de origen cristiano medieval, es esencialmente pagana, ya que la cristiana o la islámica aún seguiría ligada al mundo presente, por estar aún su mentalidad colectiva determinada, al menos en las regiones del mundo donde predominan, por esas religiones que reemplazaron la mitografía por la hagiografía y el etnicismo religioso por un universalismo supresor de narrativas míticas locales. En cambio, el mito es uno de los motores generadores de la diversidad narrativa de la fantasía épica, sobre todo en la vertiente más *mitográfica* consagrada por el modelo tolkieniano, e incluso puede extrapolarse al futuro, por ejemplo, en las fantasías que podríamos denominar *prospectivas*, en las que se presentan sociedades futuras en las que lo mítico y, a veces, lo aparentemente mágico han suplantado lo científico, como podemos observar en una novela como *Temblor* (1990), de Rosa Montero (1951-). No obstante, el cuerpo principal de la ficción épico-fantástica se ambienta en un pasado remoto, ya que es en pasados de ese tipo cuando se desarrollan los hechos míticos y legendarios de la inmensa mayoría de los acervos paganos que no han cesado de inspirar a los *subcreadores* de la fantasía épica desde el propio Platón. A esto se suma que, tras el paréntesis secular que transcurrió entre aquel y los primeros

experimentos de *subcreación* mitopoética coherente que debemos a William Blake (1757-1827), los inicios de la fantasía épica coincidieron, y seguramente no por casualidad, con la formidable ampliación herderiana de los objetos de estudio de las ciencias históricas que supusieron el descubrimiento de idiomas, literaturas y mitos paganos no europeos gracias al desciframiento de antiguas escrituras y la indagación filológica rigurosa de tradiciones escritas y orales tan ricas como las de la Europa *bárbara*, la India, Polinesia o la América indígena, que venían a sumar su variedad de mitos y leyendas a las de Grecia, Roma e Israel, las únicas bien conocidas con anterioridad en Europa. Tales descubrimientos se debieron en gran parte al desarrollo de la arqueología como disciplina. Gracias a esta se estaban descubriendo los monumentos escritos que iluminaban la historia y literatura auténticas, por ejemplo, de Egipto, Mesopotamia y Anatolia antes de la helenización cultural iniciada con las conquistas de Alejandro Magno. Además, al desenterrar multitud de artefactos diversos, los arqueólogos arrojaban nueva luz sobre la vida cotidiana, incluida la religiosa, de las personas del pasado remoto, con lo que contribuían también a fundamentar la recreación *realista* de cómo podía transcurrir la existencia normal de las gentes por parte de novelistas como Edward Bulwer-Lytton (1803-1873) y Gustave Flaubert (1821-1880) al recrear la atmósfera y vida de Pompeya y Cartago, respectivamente. A esto se añade que los arqueólogos también pudieron sacar a la luz culturas antes completamente ignotas, a las que daban nombre y sobre las que conjeturaban origen, etnia, religión, costumbres, arte e incluso mitos, partiendo, por ejemplo, de las representaciones icónicas de carácter narrativo que, a falta de fuentes escritas, únicamente podían imaginarse como especulaciones razonadas, cuyo carácter

pretendidamente científico simulaba procesos mentales de *subcreación* análogos a los adoptados con fines literarios por los escritores de fantasía épica. A este respecto, abundaron entre los arqueólogos estudiosos y eruditos (más que entre los de campo) del siglo XIX e incluso después las elucubraciones sobre los pueblos y sus movimientos y migraciones por Europa para explicar, por ejemplo, el estrecho parentesco genético de muchas de las lenguas europeas (o de la falta aparente de tal parentesco en el caso del vascuence y otras) mediante fabulosas historias. Estas pronto inspirarían también a numerosos autores deseosos de exaltar sus propias etnias a través de ficciones arqueológicas sobre los más lejanos orígenes de aquellas a través de fantasías eruditas como las pergeñadas por Ricardo Becerro de Bengoa (1845-1902) en sus romances sobre los «vascongados» de la prehistoria o Teófilo Braga (1843-1924), el cual escribió la epopeya migracionista por excelencia de las grandes familias raciales del Septentrión, titulada «Os séculos mudos» [Los siglos mudos], que vio la luz primero en *Miragens seculares* [Espejismos seculares] (1884) y finalmente en *Visão dos tempos* [Visión de los tiempos] (1894-1895). Esta clase de especulaciones arqueológicas fueron ciertamente marginales en la ficción histórica de su tiempo, pero también las cultivó, con fines puramente artísticos y no reivindicativos, uno de los maestros de la fantasía épica, Robert E. Howard (1906-1936), cuyo mundo de Hiboria, que es donde vive su Conan, lo describe su autor en un ejercicio de historiografía fantástica inspirado en la arqueología racialista todavía ampliamente aceptada en su época.

La materia howardiana de Conan es quizá la más famosa entre las claramente épico-fantásticas que se inspiran en la historia más que en el mito, y eso es lo que la diferencia esencialmente de la materia tolkieniana de la

Tierra Media (*Middle-earth*). Podría decirse a ese respecto que la intervención de fuerzas sobrenaturales en los relatos protagonizados por Conan expulsan su mundo de la historia antigua y la arqueología, aunque sea conjeturada o especulativa, pero conviene recordar que la cosmovisión antigua, propia de las civilizaciones paganas del pasado, solía admitir el influjo real de fuerzas sobrenaturales desencadenadas no solo por los dioses, sino también por determinados seres humanos como los brujos, que tanto abundan entre los antagonistas vencidos finalmente por el héroe howardiano. Aparte de esto, que parece adjetivo, las intrigas palaciegas, los enfrentamientos bélicos y los sucesos históricos inventados por Howard obedecen a una lógica plenamente histórica y a una especulación arqueológica coherente sobre las civilizaciones terrestres antiguas que el autor *subcrea*. Desde este punto de vista, su fantasía épica podría considerarse una especie de *arqueofantasia*, que podríamos definir como aquella cuyo objeto es la subcreación (y de ahí la *fantasia*) de civilizaciones paganas imaginarias en un pasado remoto fuera de la historia real, pero en una época y lugar que podrían inscribirse verosímilmente en algún momento de esa historia real y en algún sitio de la geografía terrestre, a diferencia de universos míticos como el de Middle-earth o localizados aparentemente fuera de nuestro planeta.

A diferencia de los mundos reales de la ficción histórica arqueológica de Lytton o Flaubert, y a diferencia también de los mundos legendarios de los acervos patrimoniales de Troya, Cantabria y otros arriba recordados, los mundos de la arqueofantasia son inventados, tal y como suelen indicar asimismo sus nombres propios de personas y lugares. En cuanto a sus ambientes, abundan los de apariencia protohistórica, entendiendo por protohistoria el período iniciado con la sedentarización y el

subsiguiente desarrollo de los ordenamientos sociales, políticos y religiosos que se consideran propios de la *civilización*. Podríamos recordar a ese respecto ejemplos románicos insignes como «L'offrande à la déesse» [*La ofrenda a la diosa*] (1890; recogido en *Le miroir des légendes* [Espejo de leyendas], 1892), de Bernard Lazare (Lazare Bernard, 1865-1903); «El bosc se defensa» [El bosque se defiende], que es una de las miniepopéyas que componen el *Poema del bosc* [Poema del bosque] (1910), de Alexandre de Riquer (1856-1920), y «La conquista» [*La conquista*] (incluido en *La morte della donna* [La muerte de la mujer], 1925), de Fillia (Luigi Colombo, 1904-1936). No obstante, la arqueofantasia no se limita a aquel período, pues se han inventado en su seno otras civilizaciones más avanzadas en lo que atañe a la ordenación estatal, el uso de escritura, la división social, etc. Varias de las civilizaciones del mundo de Conan son, de hecho, ya de tipo imperial antiguo, como lo era la de la arqueofantasia catalana «L'honor real» [*El honor real*] (*Poesies* [Poesies], 1887), de Àngel Guimerà, y lo serían los reinos de otras más recientes, tales como *El testimonio de Yarfoz* (1986), de Rafael Sánchez Ferlosio (1927-2019), y *Célubée* [Celubea] (1986), de Isabelle Hausser (1953-), novela esta última con dos tramas paralelas, una ambientada en un imperio y otra que se desarrolla en la protohistoria y que versa sobre un ejemplo representativo de origen del Estado desde una organización social anterior mucho menos estructurada. Otras tienen una ambientación cronológicamente más vaga, tales como el breve drama para leer «El templo sin Dios» (*Lunes antes del alba*, 1918), de Ramón María Tenreiro (1879-1939), o narran un proceso similar al contado en *Célubée*, pero con la originalidad de que tal proceso va en sentido contrario, como ilustración de que la civilización también puede conocer retrocesos radicales. Esta es la idea

que subyace a la que tenemos por una de las obras destacables de la arqueofantasia del siglo pasado, de la que me ocuparé seguidamente.

2. Las civilizaciones son mortales: el mundo de Xanta según el joven Lluís Ferran de Pol

Apenas acabada la Gran Guerra, Paul Valéry (1871-1945), escribió que ahora sabíamos que las civilizaciones son mortales. Por la misma época, Oswald Spengler (1880-1936) publicó un largo tratado sobre la decadencia de Occidente. Ambos intelectuales, muy influyentes en su época y también después de ella, no hicieron sino confirmar filosóficamente lo que habían expresado mediante la ficción numerosos escritores del período precedente, la llamada *Belle Époque* anterior a 1914. No en balde se habla de era de la decadencia y, sobre todo en la literatura italiana, de Decadentismo para designar una de las grandes corrientes estéticas de aquel momento. Frente a la supuesta «decadencia» de la sociedad contemporánea, por razones que tenían que ver más con la impresión de moralidad en crisis y de que la burguesía imperante era insensible a la estética que con la realidad histórica de una Europa que dominaba entonces el mundo, los escritores y artistas se refugiaron a menudo en el exotismo espacial y/o temporal a través, por ejemplo, de recreaciones del refinamiento artístico y vital de las cortes de civilizaciones lejanas y opuestas a la percibida fealdad de la producción industrial moderna, desde el Egipto antiguo hasta la Roma y la China imperiales. Ese refinamiento se solía expresar mediante el detallismo en la representación icónica o la escritura descriptiva de objetos suntuosos, que vestían y rodeaban a unos personajes entregados a todos los placeres, de forma que se generaba una atmósfera

eminentemente sensual como signo simbólico de la degradación de la sociedad recreada, tanto en la narrativa arqueohistórica al modo de *Sónnica la cortesana* (1901), de Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928), como en la fantasía épica temprana de aire oriental que surgió cuando la atmósfera *decadentista* se transfirió desde los mundos primarios de civilizaciones históricas a los mundos secundarios de civilizaciones imaginarias, por ejemplo, la inventada por Camille Maclair (Camille Faust, 1872-1945) en su magistral novela corta *Le poison des pierreries* [El veneno de las gemas] (1903). En un caso como en otro, la decadencia mostrada tenía sobre todo un sentido moral, de acuerdo naturalmente con las concepciones decimonónicas en la materia. En cambio, la catástrofe de la Gran Guerra y la erosión subsiguiente de la hegemonía mundial europea favoreció reflexiones como las de Valery y Spengler, en las que el declive de Europa no se concebía en términos éticos, sino más bien en términos puramente históricos: la civilización europea terminaría pereciendo como otras del pasado lo habían hecho, sin dejar más rastro que las ruinas y escasos documentos revelados por la arqueología, porque así lo dictaban las leyes históricas propuestas acerca del surgimiento, desarrollo y decadencia de las civilizaciones.

El pesimismo de esta concepción no era nada nuevo, ya que subyacía a todo el decadentismo literario y artístico de la *Belle Époque*, pero sus nuevos fundamentos intelectuales pudieron contribuir a la tendencia de la fantasía épica europea, al menos en su variante arqueofantástica, hacia un nuevo hincapié en la dimensión histórica, en sustitución del planteamiento moral(ista) antes más común. Por supuesto, no habían faltado antes tampoco las ficciones escritas en que la subcreación de una civilización sirviera no solo para generar una atmósfera de artístico refinamiento

mediante una retórica del ornamento, sino también para presentar ejemplos especulativos de evolución histórica en una Antigüedad imaginaria, cuya lejanía de las circunstancias presentes habían de facilitar el extrañamiento cognitivo y la consiguiente llamada a la reflexión intelectual por parte de los lectores. Así lo había hecho de forma especialmente brillante Luis Valera (1870-1927) con su novela corta «Dyusandir y Ganitriya» (*Visto y soñado*, 1903), que versa sobre un inventado imperio ario en algún lugar de Asia como ilustración ficticia de las razones culturales que habrían favorecido las emigraciones de tantos pueblos de lenguas indoeuropeas. Sin embargo, Luis Valera era todavía optimista, porque se trataba de una expansión que acertaba a evitar el riesgo de disolución de la etnia a consecuencia de sus enfrentamientos internos. Más pesimista se había mostrado Gabriele D'Annunzio (1863-1938) en su miniepopéya épico-fantástica «Il fuoco della pace» [El fuego de la paz] (1883), luego titulada «Il sangue delle vergini» [*La sangre de las vírgenes*] en el volumen *Intermezzo* (1894). En ella se narra cómo ni el dios nacional común a dos pueblos hermanos rivales puede impedir con su aparición y consejos que se destruyan mutuamente por completo por no haber sabido resolver pacíficamente la cuestión de los emparejamientos exogámicos.

Tanto el pesimismo de D'Annunzio como su mostración especulativa de un proceso histórico destructivo encontrarían un eco importante en las literaturas de la península ibérica, en las que la arqueofantástica tuvo un desarrollo importante, al menos en términos cualitativos, tras 1918. En lengua portuguesa, Raul Brandão (1867-1930) reescribió su optimista cuento simbólico épico-fantástico de 1896 «A voluptuosidade e o amor» [*La voluptuosidad y el amor*] en un sentido pesimista en «Primavera abortada» [*Primavera abortada*], recogido

como apéndice en *A morte do palhaço e o mistério da árvore* [La muerte del payaso y el misterio del árbol] (1926), de forma que el ídolo-dios adorado por un pueblo imaginario y servido por sus sacerdotes seguirá, a falta de resistencia, cobrándose sus sacrificios humanos, a diferencia de lo narrado en la primera versión de la historia. En lengua castellana, el drama mencionado «El templo sin Dios» (1918) de Tenreiro muestra cómo se revela el engaño de un dios que sus servidores clericales tenían oculto a sus fieles, hasta que alguien desvela que lo que se ocultaba era su inexistencia, lo que sume en la desesperación cultural y cultural a sus creyentes, en un entorno de aspecto protohistórico. En la década de 1920, en castellano y en catalán, Maseras desenmascaró en «Benagissal el profeta» el tenor tiránico de una revolución que se había presentado como liberadora en un imaginario reino de aire asiático. Solo en catalán, un joven escritor, Lluís Ferran de Pol (1911-1995¹), culminaría esa clase de ficción, al menos por lo que se refiere a la amplitud de su asunto, al narrar el proceso completo de declive de toda una civilización, hasta su previsible extinción debido a un error colectivo que tiene que ver sobre todo con la política y la economía.

Ferran de Pol publicó este relato arqueofantástico al que nos referimos, titulado primeramente «Els hereus d'En Xanta» [*Los herederos de Xanta*], al principio de su carrera literaria, en 1934. Se trata, de hecho, de su primera obra publicada, tras ganar un premio en la décima sesión de los juegos florales de Arenys de Mar convocados por el cincuentenario

del Ateneo de esa población, en el volumen a ellos dedicados². Años después, Ferran de Pol reeditaría el mismo relato, en una versión reescrita únicamente desde el punto de vista estilístico y no siempre para mejor, con el título de «Els hereus de Xanta» [Los herederos de Xanta], en un volumen recopilatorio de su obra breve especulativa y fabulosa llamado *Tríptic* [Tríptico] (1964), en cuyo sumario figura una magistral parábola arqueohistórica también muy pesimista, titulada «La pau impossible» [La paz imposible], que está ambientada entre los antiguos hebreos, aunque debe tan poco a la Biblia que raya en lo arqueofantástico. Sin duda los enfrentamientos bélicos que asolaron su país y la Europa entera años antes debieron de reafirmar a Ferran de Pol en su pesimismo histórico, pero no se ha de olvidar que «Els hereus d'En Xanta» es anterior a aquellas guerras. Su razón de ser pudo ser más bien ofrecer un ejemplo ficticio, quizá con fines de parábola, de la idea de muerte de las civilizaciones, sin que quepa excluir la posibilidad de que fuera asimismo una especie de respuesta a una novela arqueohistórica catalana con la que «Els hereus d'En Xanta» tiene no pocos puntos de común.

Manuel Brunet (1889-1956) había publicado en 1925, con reedición precisamente en 1934, *El meravellós desembarc dels grecs a Empúries* [*El maravilloso desembarco de los griegos en Ampurias*], que narraba, combinando lo verosímilmente histórico y lo especulativo, la primera llegada de los griegos a la Costa Brava y su entrada en contacto con los nativos, más

¹ Excepcionalmente, y gracias a la generosa autorización del eminente profesor don Josep V. Garcia Raffi, que gestiona los derechos de autor de Ferran de Pol, se publica a continuación una traducción de un escritor fallecido después de 1950, pero cuya obra representa un hito en su género de ficción antes de aquella fecha.

² La traducción se basa en esta edición: Lluís Ferran de Pol, «Els hereus d'En Xanta», *x jocs florals de l'Ateneu Arenyenc celebrats per a commemorar el cinquentenari de la seva fundació 1884-1934*, Arenys de Mar, J. Tatjé, 1934, pp. 81-96. Como ese texto catalán no se ha digitalizado ni reeditado, sigue en apéndice, de forma que pueda servir a futuros investigadores, entre otras cosas, para su comparación con la versión publicada en *Tríptic*. Agradezco a Manuel Esteban Santos su atenta revisión de la traducción.

atrasados desde el punto de vista tecnológico e institucional, y con quienes entablan relaciones comerciales mutuamente beneficiosas. Brunet cuenta este proceso en un tono más bien festivo y humorístico, que se corresponde bien con el optimismo general de la obra, así como con su probable intención satírica frente a la tentación del repliegue étnico frente al exterior que suele acechar a los etnonacionalismos. En cambio, «Els hereus d'En Xanta» presenta la llegada de navegantes-comerciantes del exterior como algo catastrófico, pues resulta letal, de hecho, para el pueblo costero con el que han entrado en contacto. Este se siente impelido a expoliar sus propios recursos económicos para poder adquirir las mercancías que le ofrecen los navegantes, a la manera de las relaciones comerciales asimétricas que tan nocivas eran y son para los países incapaces de competir en igualdad de condiciones con los centros económicos y tecnológicos del mundo. Unos contactos que, para Brunet, son precisos para el progreso del pueblo más atrasado según una idea implícitamente mundializadora, es para Ferran de Pol lo que desencadena un proceso histórico que lleva a la pérdida definitiva al pueblo imaginario, después de que este hubiera alcanzado cierta estabilidad en las tierras entre la montaña y el mar, dedicándose a una agricultura y ganadería de subsistencia. Por desgracia, la excesiva explotación del suelo, a fin de poder entregar a los comerciantes de fuera las enormes cantidades de materias primas que aquel pueblo les ofrece a cambio de los escasos bienes que recibe, provoca que ya no sea capaz de mantener la relación comercial, a la vez que su reacción violenta ante los comerciantes que caen en sus manos hará que quede aislado, hambriento y sin futuro. El comercio, que en la novela de Brunet era fuente de riqueza mutua, es en el relato de Ferran de Pol un peligro por lo que tiene precisamente de ansia de enriquecimiento, un

ansia que se presenta desde el principio ligada a la locura.

Xanta, que es el único personaje nombrado en la historia contada y cuyo nombre corresponde a la onomástica subcreada propia de la fantasía épica, es un demente que aguija al pueblo para que persiga al sol, a quien cree dueño de un tesoro de oro inmenso, que guardaría en el mar de donde sale y que habría que robar para dejar de tener que enriquecerse poco a poco, mediante la acumulación de las pobres monedas que pasan de mano en mano en el marco de la civilización en la que vive Xanta. Se trata de un reino de aspecto antiguo lo suficientemente desarrollado como para tener mercados no de trueque. Tras convencer al monarca y a la masa del pueblo gracias a su elocuencia demagógica y la perspectiva de fácil enriquecimiento que les ofrece, pese a lo descabellado de sus ideas y planes, todos se ponen en marcha tras él, abandonándolo todo, en una difícil migración colectiva a través de montañas y bosques. Por fin alcanzan el mar, al que se arroja Xanta para gozar el primero del tesoro del sol. Sin embargo, como la historia narrada carece de elementos sobrenaturales expresos, ocurre lo que era previsible que sucediese. El pueblo pierde a su profeta y líder enajenado, pero se ve incapaz de regresar a su lugar de origen. Permanecerá en su nueva patria, pero ya en un estadio de civilización anterior. Ya no constituye un reino, pues ya no se menciona monarca alguno, sino una «tribu», sin vida urbana y dedicada a la agricultura en un territorio feraz, pero al que sus gentes no acaban de adaptarse. Ven siempre el cercano mar como un monstruo que les ha arrebatado a Xanta y que sigue arrebatándoles familiares y amigos. Para evitarlo, no dudan en ofrecerle sacrificios humanos de sus propios hijos, en ritos que se describen con todo su horror, pero con gran belleza de estilo en la línea sobriamente ornada del novecentismo (o *art deco*, en artes plásticas).

Tales sacrificios y, más adelante, la actitud de subordinación voluntaria que adaptan ante los navegantes que los visitan para comerciar con ellos sugieren que la suya es una civilización insegura y crédula, sin defensas internas de razón de Estado o de cultura propia que la reafirmen como sociedad y que le permitan afrontar las amenazas externas con el orgullo de su propia identidad y modo de vida, a diferencia de lo que expondría el historiador nacionalista rumano Nicolae Iorga (1871-1940) en su arqueofantasia en forma dramática *Răzbunarea pământului* [*La venganza de la tierra*] (1938), en la que exaltaría una civilización agraria bien arraigada y orgullosa de sus costumbres frente a unos navegantes invasores más avanzados que se establecen en el territorio de aquella y esclavizan a sus habitantes, hasta que esos se rebelan con éxito, gracias también a la fuerza de sus dioses. En «Els hereus d'en Xanta», los navegantes no tienen ánimo imperialista, pero la fragilidad cultural del pueblo de Xanta ya es tal, a causa de su aberrante evolución histórica, que la sola presencia comercial de aquellos basta para desarticularlo. De esta manera, el relato permite matizar su posible lectura como parábola autárquica al conceder protagonismo a las causas internas. El comercio no habría desencadenado su extinción si no estuvieran sembradas las semillas del declive en su propio seno. «Els hereus d'En Xanta» es una parábola sobre el suicidio de las civilizaciones, no solo sobre su muerte.

Igual que en aquel drama de Iorga, el carácter de parábola de este relato de Ferran de Pol queda sugerido mediante los nombres genéricos de los personajes, salvo Xanta, cuya locura lo individualiza e indica que puede interpretarse como una suerte de personaje (negativamente) providencial capaz de alterar el curso de la historia, aunque esta vuelva luego a su cauce determinado por fuerzas colectivas. Estas son las que explican los sucesos y su

funcionamiento se postula como universal, y de ahí que se rehúya la concreción en la onomástica y la toponimia, una concreción que podría ir en detrimento del alcance general del curso histórico presentado. No se trata de aquí contar los orígenes imaginados de una comunidad en particular, como la Ampurias de Brunet, sino de ilustrar mediante la ficción un proceso generalizable. Con todo, tampoco se trata de una alegoría. La narración de las peripecias de Xanta y los suyos genera un efecto de realidad vivida gracias a los detalles específicos de su mundo, el cual se construye mediante los procedimientos individualizadores de la arqueofantasia como un mundo secundario integral subcreado que presenta intrínsecamente características propias, de forma que lo concreto y lo alegórico se combinan íntimamente para ofrecer un producto literario que aúna lo fabuloso y lo especulativo. «Els hereus d'En Xanta» es un buen ejemplo de esta fusión, a la que se añaden no pocos ingredientes de poesía gracias al amplio simbolismo utilizado. El mar y la montaña aparecen simbólicamente contrapuestos a lo largo del texto, con el mar como polo negativo, cuyo carácter cambiante y caprichoso se opone a la estabilidad de la montaña y de las tierras que nutrían a los de Xanta. El mar aparece como un monstruo, como su enemigo, de acuerdo con unas creencias animistas que aquellos abrigan. Así pues, tal simbolismo desempeña la doble función de dotar al texto de poética sugestión metafórica y de espesor realista desde el punto de vista de la verosimilitud arqueohistórica de la civilización descrita, sugiriendo de esta forma también la pericia del autor a la hora de presentarnos un mundo secundario muy sólido como ficción y, gracias a su escritura bella y narrativamente eficaz, también como literatura, razones por las que podemos considerarlo un ejemplo sobresaliente de la modalidad arqueofantástica de la fantasía épica.

LOS HEREDEROS DE XANTA

¿De dónde podía proceder la inquietud de la ola?

MARAGALL

I

Fueron unas horas de angustiosa espera. Todo el pueblo se había congregado en la playa, con la mirada fija en el mar. Los reflejos los cegaban de ardentías de sol y, con todo, no podían dejar de buscar en el mar el cuerpo de Xanta.

De pronto gritaron unos chicos. Habían entrevisto algo y voceaban el descubrimiento. Todos se juntaron alrededor de los niños, que señalaban un lugar, no muy alejado, de donde rompían las olas. Era un cuerpo que flotaba en el balanceo del agua. Era el cuerpo de Xanta. Se extrañaron de aquella cercanía absurda. La vieja energía del caudillo se había tornado en unos movimientos cansados y caprichosos de borracho y el cuerpo vacilaba sobre las olas en un tambaleo interminable. Unos hombres se tiraron al agua, que justo les llegaba a las rodillas y no tuvieron que ir mucho más adentro para alcanzarlo. Pidieron aportaderas y sirgas, y lo izaron con la ayuda de esos trebejos. Después lo trajeron a fuerza de brazos. Las manos del ahogado oscilaban, la cabeza se le caía para atrás y el agua chorreaba de sus cabellos.

Ya en tierra, todas las miradas se dirigían a las manos de Xanta, a esas manos que habían de volver plétóricas de riquezas y que ahora quedaban cara al cielo, inexplicablemente vacías. Toda la apariencia de oro que Xanta pudo robar al mar eran aquellos brillos de partículas de mica que, tan minúsculas como

lucían, parecían hacer escarnio de la codicia de Xanta.

El pueblo clamó de dolor y, ante los llantos de los afligidos, el mar tenía el resuello de un asesino cansado.

Atisbaban para ver en el rostro del muerto aquella sombra de locura que los había lanzado a la aventura, y lo hallaban yerto, inmóvil. Alguien se levantó de entre el pueblo para entonar a Xanta una oración de elogios...

Y en la memoria de todos quedó grabada la historia del codicioso Xanta, que siempre corría por los mercados y las ferias que se celebraban en la montaña. Lo oían aún alzarse en medio del regateo de los que compraban y vendían. Lo veían airado por los pobres brillos de las monedas que pasaban de mano en mano. Les hablaba de aquella moneda majestuosa, gigantesca, que pasaba cada día sobre sus cabezas, callada y muda, como si tuviera miedo de la intrepidez de los hombres. Aquello era la riqueza, y no la miseria de aquel metal adelgazado por ir de mano en mano. Y él, medio desnudo y andrajoso, predicaba riquezas sin número, y él, que no tenía otros bienes más que su piel bronceada por la intemperie, hablaba de opulencias infinitas, y después de su plan fantástico: robar el sol. Rememoraban las palabras de Xanta.

—¡Querría saber dónde duerme el sol! Sí, lo querría. Si lo siguiéramos... Podríamos ir en su caza como se va a la del jabalí o a la del lobo... Seguiríamos sus huellas hasta llegar a su yacija. Vosotros dormís, y yo, y todos. Él también ha de dormir... Podríamos robarlo entonces.

Tendríamos oro vivo. ¿No veis que el sol es tibio? Vuestros metales son fríos, ya no viven...

Todo reían y lo dejaban con sus manías. Decía:

—Es Xanta, el iluminado...

Le daban frutas y miel y un sorbito de vino, y él lo tomaba. Continuaba su prédica con la boca chorreándole vino. Se quedaba solo. Sus únicos oyentes eran los chiquillos. Entonces se dirigía a los muchachos y seguía con su obsesión:

—Pero no, chicos, mejor sería ir allá donde sale. ¿No lo veis, un poco soñoliento, cada mañana, cuando vuestra madre os manda ordeñar las cabras? En esa hora, cuando os calentáis las manos adormecidas en la tibieza de la jarra de leche recién ordeñada, ved el sol que se levanta amodorrado. Mientras desborda la espuma de la leche y vosotros laméis los regueros, se estira, se despabila y se sacude esa especie de neblina que es el sueño que aún le queda. Tal vez sería mejor entonces. Atraparíamos al sol medio dormido y lo traeríamos de presente a los pies del Viejo. ¡El oro del cielo bajo las barbas de nuestro rey!

La chiquillería complacida vitoreaba a Xanta. Y él cargaba dos o tres sobre sus hombros y los llevaba a la fuente, y allí los zambullía hasta que el corazón decía que ya era bastante. Se tiraban panza arriba y miraban aquel gran disco que perseguirían un día con Xanta. Pasaban las mujeres que regresaban del mercado y se llevaban a los chiquillos. Pero, cuando podían, se escapaban de sus madres y volvían con Xanta.

El rey oyó hablar de las fantasías de Xanta y de la reverencia con que hablaba de sus barbas. Dio órdenes y lo llevaron a su presencia. Hablaron largo rato. Cuando se retiró de la vista del rey, gritaba más alto sus propósitos. Desde aquel día, el pueblo los escuchó también, ya que el rey había querido oírlos y, poco a poco, todos se envenenaron de la locura de Xanta...

Al cabo de un tiempo, el rey dio órdenes impensadas. Había que prepararse. Tras la cosecha dejarían las tierras. Algunos despotricaban, pero enmudecieron cuando vieron el entusiasmo de todos por perseguir el oro del sol. Y la tribu se preparó para el éxodo. Emigraron de la tierra fértil y húmeda; dejaron los labrantíos y, con el ganado y las tiendas, bajaban hasta encontrar los torrentes y seguían entonces los caminos del agua. Miraron por última vez el humo que subía de las casas, cielo arriba, como si el espíritu del fuego familiar se despidiera de ellos... Y Xanta estaba junto al rey y sus órdenes se cumplían cuando apenas habían salido de sus labios. Caminaban siempre adelante hacia los lugares ignotos donde podrían robar el sol. Y cada mañana, cuando salía, el pueblo lo miraba como cosa alcanzable y, si acaso el día aparecía nublado, sonreía y despotricaba del miedo del sol...

Cuando el ardor del día era demasiado abrumador, dejaban los torrentes y buscaban los bosques que, aunque eran más altos, tenían en cambio buenas umbrías y fuentes donde abreviar.

Aquel día habían subido montaña arriba y enfilaron el montículo sombrío por la espesura. Los asnos balanceaban las largas orejas bajo la pesadez de la carga. Caminaba entre la agria y pesada atmósfera que despedía el ganado. Los animales no estaban hechos a ese pastoreo inquieto y adelgazaban por la caminata. Hacía un día de calor pesado y el aire parecía dormido en lo alto de las ramas. Con todo, se oía un leve rumor, como si el aire jugara con las hojas. Estas permanecían inmóviles y aquel rumor era cada vez mayor.

—Xanta, ¿oyes ese ruido?

No sabía qué decir, porque las hojas parecían muertas en lo alto de los árboles y ni un soplo de aire cruzaba el bosque. Todos

miraban a Xanta que permanecía callado como el follaje.

De pronto, en una revuelta del camino del bosque les pareció que se acababa la tierra. Retrocedieron asustados. Desde la colina parecía que el cielo continuara y se hundiera allí donde ellos esperaban ver más tierra. Temblaron por su osadía. Recordaron entonces que hacía mucho tiempo que caminaban, ni siquiera sabían cuánto... Quizá habían hecho demasiado camino y la tierra se había acabado... Miraban a Xanta. Estaba pálido. Miraba aquel azul que todo lo cubría, pero sus ojos de aguilucho habían discernido aquella línea casi imperceptible de espuma. Era el rompiente de las olas. Y los labios maravillados de Xanta dijeron:

—Es agua...

El pueblo abarcaba con la mirada todo lo que podía en aquella dirección y todo era agua. Habían cesado de caminar y, palpitantes de admiración, solo sabían repetir:

—¡Agua...!

Y de pronto empezó una loca carrera. Un enamoramiento súbito del mar. Corrían como locos hacia la playa lejana. Se arañaban con las zarzas, dejaban en tierra los hatos. Otros arreaban el ganado, que se despeñaba y rodaba abajo. Descendieron de la cresta hasta el mar y todo el pueblo, congregado, estaba mudo de admiración.

Entonces habló Xanta, preso del delirio:

—Mirad. Ya sé el secreto del oro de la tierra. El sol intercambia su oro con el mar. Mirad cómo brillan las láminas de metal un momento sobre el agua y se hunden después en un gran zigzag...

Toda la tribu miraba aquel fundirse del sol en el mar. Veía aquel intercambio de metal y miraba cómo el mar lo recogía. Y cuanto más engullía, más entregaba el sol. Xanta seguía predicando:

—Después cae en el fondo del mar, se enfría y permanece allí hasta que alguien, quizá las anguilas avispidas, lo transporta ríos y torrentes arriba y lo esconde todo en las grietas de las rocas y en los lugares más inencontrables... Y los hombres de tierra adentro lo recogen y se pasan la vida sin claridad por culpa de las travesuras de las anguilas (ahora estaba seguro de que eran las anguilas). ¡Debe de estar lleno el mar de rico metal! Todavía no debe de estar bien frío...

Delante del pueblo, se quitó la túnica, se descalzó las sandalias. Xanta temblaba de deseo. Miraba como un loco aquella floración constante de oro, que bailaba en el agua una danza de atracción. Pensaba el demente en el descenso nunca interrumpido de las láminas aguas abajo, hasta formar un poso de opulencia. Y, de repente, aquel cuerpo estremecido de avidez rasgó el tapiz que, con agujas de oro, bordaba el sol sobre el mar.

Lo vieron agitarse un momento en el agua, como si lo poseyera una convulsión. La lucha fue breve. Nadie alargó la mano a un redentor. El pueblo lo veía desaparecer bajo el mar. Esperó. Pasaba el tiempo y no salía del agua. Buscaban por dónde saldría Xanta... Y de pronto unos chicos señalaron un lugar, no muy alejado, de donde rompían las olas... Xanta. Lo arrastraron. Allí estaba Xanta con las manos codiciosas abiertas en gesto de querer aprisionar el cielo y la tierra... Y estaba muerto.

II

En las entrañas de la tribu quedó grabado en sangre el odio a la mar. La miraban como el sepulcro de sus delirios de riqueza. Pensaron en volver a la vieja tierra interior de donde habían salido, pero, recordando el errar eterno entre las montañas, detuvieron la partida. Vieron aquella región sumida en quietud y pensaron en proseguir su vida de campesinos cerca del mar. Se adentraron un poco en la tierra y en sus

blanduras. Talaron en la ladera de la montaña justo lo que necesitaban para labrar el campo. Encauzaron las fuentes de la montaña y el agua bajaba dócil, llena de olores de bosque, a rezumar hasta el campo de los hombres. El pueblo no se arrepintió de la nueva morada, porque la miel rezumaba de las colmenas y siempre pringaba la cara de los chiquillos. Se multiplicaban aquellos rebaños que los habían seguido hambrientos en el éxodo hacia el camino del sol y las cabezas de ganado estaban tan gordas que la luz rebotaba sobre las ancas redondas y la piel brillaba de hartura. Cuando pastaban las ovejas de lana crecida, las zarzas ladronzuelas hurtaban siempre alguna vedija de aquellas blanduras y las hilachas columpiaban luego las arañas, que ataban cabos esperando, en la red mentirosa, los insectos aturdidos de sol.

La montaña pletórica reía con sus fuentes y el zumbir de su follaje y con el balido y el bramar de los rebaños y, cuando soplabla el viento, le entregaba la cabellera untada de resina. El viento desgredaba los pinos.

Tanta felicidad solo tenía una cosa que la nublabla y era el mar. El mar desazonado que siempre pedía algo. O se lo tomaba. Se volcaba sobre las plantas de la montaña con la boca espumosa y, cuando menos se esperaba, su garra se adentraba a hacer destrozos. Un día fueron tres niños lo que el mar se llevó: jugaban encima de una roca, uno resbaló y, en la caída, con la mano obstinadamente cerrada, se llevó con él a sus compañeros... Después, muy a menudo, cabezas de ganado. Las cercas que levantaban en las huertas también las desprendía la furia del monstruo. Y más víctimas: niños y ganado, paredes y fajas de tierra que sumergía en su seno... Tenían la certeza de que el mar siempre les pediría algo. Pensaban otra vez en la huida, pero la visión de los arenales y también aquellas cosechas que desbordaban los graneros...

Quisieron que su horror del mar fuese algo eterno. Construyeron sobre el peñón que se adentraba en el mar un ara de sacrificio. Debajo enterraron los restos de Xanta. El mar siempre pedía algo... Arrastraban las cabezas de ganado hasta el peñón y las ofrecían en sacrificio. La sangre chorreaba del altar y, en regueros, caía al mar como una ofrenda. Los roquedos quedaban un momento teñidos de rojeces de sangre; luego el mar lamía golosamente el musgo teñido. Vivían bien y el mar era su única amenaza. Tuvieron miedo a perder aquella blandura de la vida presente. Aquel pueblo exaltado tenía temores heroicos. Ofrecerían al mar un pedazo de su ser. Le dieron dolor de su carne por si podían ablandarlo. También se lo tomaría si no se lo ofrendaban. Pusieron orden en los latroncios del mar y se hicieron un método por el dolor. Y por aquellos tiempos ofrendó la tribu al mar su nidada. Los hombres escogieron una jornada sobre la que vertieron terrores de sangre. El día señalado se congregaron todos en la playa y, frente al mar, todas las mujeres que hubiesen parido durante el año venían a ofrecer al hijo. Era un círculo estremecido de pavor. Las madres mecían los críos... El azar decidía de la vida de uno de ellos. La madre escogida entregaba dócilmente su hijo en brazos del sacrificador y este lo recibía en nombre del mar. Después iban todos hacia el peñón del ara. Las madres volvían a hacer corro a su alrededor. No quitaban la vista del sacrificador. Este agarraba al niño de las piernas y lo mantenía un momento, deshecho en llanto, cabeza abajo. Así se dirigía al mar:

—¡Toma nuestro sacrificio y nada más!

Y se alzaba al niño por sobre la cabeza del sacrificador. El brazo férreo del hombre lo hacía rebotar contra el altar. Era un golpe seco. Crujía la cabeza infantil. Huía toda la vida del niño. El sacrificador lo dejaba luego sobre el altar con la cabeza abierta. El niño todavía perneaba,

braceaba, como si implorase la mama materna. Luego quedaba rígido, de la boca le salía un borbotón de sangre y la madre enloquecida se acercaba a enjugar esa bocanada, como si fuese de leche sobrante... La poca sangre que corría tenía el lamento de un goteo sobre las losas.

III

El tiempo transcurría entre placideces del vivir y delirios de terror. Pasó mucho tiempo y nada desmintió la tranquilidad. Tan solo era el espanto de la vida de los niños que, una vez al año, se ofrendaba en sacrificio propiciatorio. Un día, sin embargo, mientras la tribu trajinaba en el bosque y en el campo, entraron bajo su mirada, en la pequeña bahía de delante del pueblo unas naves pintadas de colores. Las proas simulaban ser cabezas de monstruos que avanzaran hacia la playa con la boca abierta. Giraron un poco. Luego retrocedieron. Volvieron a acercarse para huir en seguida. Por fin se acercaron y los navegantes tremolaron vistosos ropajes y mostraban en las manos toda clase de vidrios coloreados. Los campesinos abandonaron las tareas del campo con tal de mirar de cerca las embarcaciones panzudas de mercadería. Bajaron a la arena con las manos libres de trebejos. Los aperos de labranza habían quedado abandonados por tierra. Bajaron llenos de curiosidad. Los navegantes, que los veían propicios, desplegaron ante ellos las telas fastuosas. Los vidrios tenían en sus manos un tintineo de saludo amistoso. Poco a poco se acercaron más. Poco después, la cabeza de los monstruos de las naves reposaba amorrada en la arena, como fatigada de su anterior errar. Aquellas bocas parecían exhalar un resuello de cansancio; solo era el mar que se revolcaba locamente en medio de la espuma... Los labradores pensaron en ofrecer su miseria a los mercaderes. Fueron a los graneros y los vaciaron de trigo candeal. Bajaron a la frescura de las

bodegas y les ofrecieron tanto el vino rancio como el nuevo. Los mercaderes fueron una bendición para los campesinos. En verdad les habían vaciado de vino y de trigo, en verdad les habían esquilado de raíz las ovejas, pero los colmaron de vidrios de colores, de paños abigarrados, de loza pintada de rojo y negro y, no contentos con esos presentes, les dieron alguna moneda refulgente.

Cuando las naves estuvieron llenas de vino y de trigo candeal, y cuando la lana rebosaba hasta cubierta en carga apretadísima, los mercadores se despidieron de ellos con buenas muestras de cortesía. Miraba el pueblo la partida y miraba en sus manos aquellos brillos del metal que les habían querido dar y alzaban sus brazos en señal de despedida y de deseo de que un buen viento los trajese otra vez a su playa.

Quedó en el recuerdo de todos la maravilla de la visita de los navegantes. Ahora miraban siempre al mar y esperaban ver de dónde saldrían las naves amigas. Apilaban todos los productos de la tierra en estibas de ofrecimiento. Miraban la loza rajada, los vidrios mutilados; esperaban trocarlos entonces... Y el mar siempre estaba vacío. Pensaban en sus temores y empezaban a creerlos excesivos. La mar siempre gritaba en verdad. Aquel aullido que no cesaba ni de día ni de noche algo pedía. ¿Pero qué? Quizá no era la vida de sus hijos, quizá no era avidez de sangre lo que clamaba el mar... Esperaban que volviesen las naves. Ahora se arrepentían de no haber dado más a los navegantes. Tal vez no estuvieron lo suficientemente atentos a las leyes de la hospitalidad, o quién sabe si no los ofendió la tacañería con que habían tomado el oro de sus manos. Miraban el mar... No era tan malo. El viejo cuento hablaba de un combate sangriento entre el mar y Xanta. Este había casi batido al mar cuando este, traicioneramente, lo arrebató. Xanta dijo hasta el último momento que el mar guardaba el oro. ¿De dónde podía

proceder su desazón sino del miedo de que descubriesen sus tesoros?

Un día regresaron. Eran las mismas naves que se iban derechas hacia la playa. El pueblo fue a recibirlas y, mientras se intercambiaban los primeros saludos, aparecieron ante el pueblo la pesadumbre de otras barcas mayores que se dirigían lentamente hacia la playa. Se alegraron porque los mercaderes podrían cargar más aquellas naves amplísimas. El pueblo comenzó sus ofrecimientos de siempre, pero los navegantes señalaban los árboles de la montaña que, altivos, elevaban su mole centenaria. Los campesinos comprendieron. Montaña arriba, empuñando el hacha, empezaron el latrocinio. Los rebaños huían despavoridos del crujido de la madera herida y de los retumbos que despertaba en la montaña la caída de los árboles seculares. Ataron los bueyes a los troncos y con la cornamenta arrastraban abajo los troncos pesados de añadas. La carga de las naves era inmensa. Y los campesinos, que deseaban el retorno de los navegantes, les satisfacían la avaricia. Y partieron una vez más estos con las barcas grávidas de mercaderías. Y el pueblo esperaba aún...

IV

El galanteo monstruoso del mar y la montaña duró largos años. Los mercaderes volvían periódicamente y desplumaban a los campesinos. Se sucedieron muchas generaciones de hombres que, inconscientes, entregaban todo el amor de la montaña al mar. Exprimieron aquellos senos de la montaña hasta agotarla. Era una adoración que hacía que toda la riqueza del campo fuera entregada al mar. La montaña les daba toda la abundancia de su entraña. Los árboles de las cumbres, el trigo de las laderas, el jugo de las viñas, la flor de los rebaños que pastaba su hartura en la hierba fresca de los pastos altos... Gritaba siempre

el mar, hambriento de nuevas riquezas y la enamorada se concentraba y producía aún más con tal de satisfacer la avidez insaciable... Y pasaron años muchos y pródigos, y no contenta con su fecundidad, la montaña, como una esposa bíblica, ofreció a su señor sus esclavas. Y las colinas y montículos que rodeaban a la esposa predilecta fueron entregados a la codicia del mar.

Pasado el tiempo, la montaña tuvo como un jadeo de angustia, sus árboles clareaban, las fuentes tenían ahora largos silencios de agotamiento y los rebaños apuraban la hierba que antes los escondía a la vista del pastor. Su aliento se hacía más hondo. Era un cansancio de fecundidad inútil. Y los campesinos exprimieron más los dioses de la montaña y toda su angustia fue entregada al mar. Hacía falta que los mercaderes volvieran siempre... Y paría con dolor la riqueza que el mar malgastaba... Pero de noche, cuando el mar se tendía manso a los pies de la montaña, lloraba ella algo de deleite y, al día siguiente, las ovejas se abrevaban un poco en las fuentes exhaustas la víspera. La montaña, olorosa por los frutos de su vientre y de su dolor, exhalaba su deleite en una dulce queja, en arrullos apasionados, en murmullos que se filtraban por los árboles, pasaban por el cedazo de las perfumadas frutas colgantes, por la madurez de los trigos, por la frescura de las fuentes, y a caballo de la brisa se daban al mar. Y el mar quemaba el rostro de la amada con su aliento salobre, cargado de aromas marinos... Pero ahora la brisa no encontraba tantos cedazos para hacer aquella rica mixtura que era el beso de la montaña, beso sabio, cargado de olores femeniles... Ahora besaba con besos fatigados, preñados de anuncios de un agotamiento próximo y, poco a poco, el mar se volvió arisco y egoísta. Unas veces encolerizado y otras lastimero, unas veces viril y otras cansado. Unas veces besaba y otras escupía sus

plantas. Desasosiego o lasitud o exaltación... Y la montaña, divinamente serena, se espejaba en aquellas calmas del amado o bien se entregaba estremecida a la furia de los arranques de locura. Las fuentes repitieron los miedos de la montaña y la angustia de un agotamiento. El canto del agua de las fuentes hablaba con un rumor manso palabras suaves como de enfermo, que el mar casi no oía... Y los mercaderes volvían con las barcazas abiertas siempre, como feminidades estériles...

Y cuanto más abrumada aparecía la montaña, más disfrutaban los hombres agotándola con sus codicias. Y llegó a un punto de lasitud extrema. Entonces la desesperación de los hombres los hizo punzar su agotamiento y, tacaños, le quitaron las últimas esperanzas. Los árboles le fueron arrancados de raíz. Los rebaños, cada día más flacos, no sabían ya dónde pastar y hozaban hambrientos la tierra allí donde tenía un remoto olor de hierbas.

Y el hambre, exactamente el hambre, se apoderó de aquel pueblo que todos los bienes de la tierra habían saciado. Y buscaban en vano en aquellas tierras la prosperidad que habían vivido tanto tiempo. Y lloraban de desesperación cruelmente aguijados por el hambre. Marchaban hacia el mar. Ya hacía tiempo que los mercaderes no venían... Rememoraba el pueblo aquellas historias antiguas de las maldades del monstruo. Veían el cuerpo de Xanta arrastrado al fondo del mar, y después el ganado y los niños. Toda esa flor de los recién nacidos que habían entregado con tal de propiciarlo. Después le entregaron, en la persona de los mercaderes, todos los bienes acumulados a cambio de miserables mercaderías. Pensaban en aquellas cosechas y se torturaban con la visión de los prados repletos de ganado, con los altos bosques... Miraban el mar, que batía la roca sobre cuya cima los antiguos habían erigido la sepultura

de Xanta para eterno escarmiento de quienes amaban el mar. Y, con todo, ellos y sus padres, que les habían precedido en su locura, habían transportado toda la riqueza de la montaña y la habían depositado en la panza tosca de las naves. Aquellos bosques donde nunca entraba el sol se habían convertido en la tierra yerma de ahora, llena de lagartos que se doraban el lomo bajo el sol implacable. Recordaban aquella lana que colgaba de las espinas del bosque en copos riquísimos y que dejaban como testimonio de opulencia... Y ahora el hambre, y nada más que el hambre. Y delante, el mar, aquella extensión que los hacía enloquecer. A veces les parecía que era como un campo verde lleno de promesas de una cosecha enorme. Volvían de los delirios de la fiebre a la cruda realidad y veían aquella extensión inútil, aquella llanura inmensa que nunca se podría destripar con el divino desgarrar de la reja. Aquella cantidad monstruosa de agua que no podría calmar su sed, ni hacer volver las fuentes mudas, ni llevar una brizna de vida a las tierras resacas... Y carecían de cualquier cosa de comer y buscaban anhelosos toda clase de animales inmundos y ni eso bastaba a su hambre. Volvían al mar, que cantaba también su ruego hambriento.

Yacían sobre la arena, fatigados de inanición y todavía tenían la mirada fija en los llanos inacabables del mar. Y el hambre era su única compañía. De repente se oyó un gran vocerío. Se levantaron como posesos. Más que grito era una especie de ronquido:

—Naves, son las naves...

Y miraban las naves y escuchaban el chapoteo de los puntiagudos barcos que, de pronto, tenían ante los ojos. Costeaban tan cerca que se oían los estirones de las velas, infladas como vientre de mujer fecunda. Seguían los gritos. Y los hombres que estaban en cubierta de los navíos alzaban las manos. Y no arriaban las velas y las manos tenían una

insistencia de despedida. Comprendieron con claridad que los navegantes no se detendrían más en la playa miserable... Ni los viejos amigos se acordaban de ellos... Y seguía el chapoteo y las naves no se arrimaban a la arena. Y aquellas manos tenían una despedida eterna... El hambre los guio. Montaron en las barcas que los navegantes habían abandonado por inútiles, medio hundidas en el suelo. En un instante estuvieron en el agua. Remaban con trozos de madera, mientras con las manos iban sacando el agua que entraba. Cuando los navegantes vieron aquellas caras hambrientas, quisieron cambiar de rumbo. Intentaron ir mar adentro. La maniobra los hizo perder viento y las velas cayeron después como rendidas a la furia de los hambrientos. Ya estaban cerca de las naves. Estas intentaron montar los remos a toda prisa. Bogaron un instante a la desesperada. Las naves parecían monstruos despavoridos que querían volar y no podían. Los remos estaban ansiosos de dejar aquella agua que los hacía parecer gaviotas a punto de volar... Los abordaron. Aquellos hombres flacos, de huesos que querían reventar a flor de piel, abatían con la locura de su desesperación la fortaleza de los navegantes. Los remos volaban ahora y se estampaban cruelmente las cabezas contra la borda. Y como enloquecidos por la comida que se retrasaba, los campesinos mataron. Se arrojaron sobre el trigo candeal manchado de sangre y lo masticaban trágicamente, mezclado con la sangre enemiga... Quedaron desgarradas las velas de los barcos y estos fueron llevados en triunfo a la playa. Las mujeres los esperaban con los hijos sobre los hombros para que viesen la liberación. Arrimaron las naves y comieron glotonamente sobre ellas hasta no poder

más. Luego repartieron todas las provisiones. Llevaron más adentro las naves, fueron a buscar leña reseca y, como un reto al mar, delante de él, prendieron fuego a las barcas. Subieron altísimas las llamas y las bocas de los monstruos de las proas parecían animales vivos que escupiesen fuego. Empezaron a cantar toda clase de ritmos bárbaros y la danza de triunfo comenzó estridente. El mar parecía haber enmudecido y no se oía otra cosa en la playa más que el cántico feroz de la guerra. Rodeaban la hoguera en la que los enemigos se consumían. Subía alto el hedor de la carne quemada. Poco a poco, las mujeres entraron en el círculo de la danza. Caían las túnicas al impulso del baile. Los pechos de las mujeres, rojos de fuego, bailaban libres como cachorros y, más tarde, abatidas por el cansancio, se dejaban caer sobre la playa... Los guerreros las miraban jadear. Los pechos iban y venían. Y los ritmos de la danza guerrera se fundieron naturalmente con los ritmos del amor... Toda la noche, la tribu voceó impudicamente sus deseos sobre la playa ensangrentada.

Los lívidos resplandores del día naciente hallaron al pueblo desvelado por el cansancio. Y en esa hora matinal, blanca y fría, se oía como un presagio el lamento inacabable del mar. El pueblo se había extenuado haciéndolo callar. Ahora medían la tragedia de su impotencia. El mar se vengaría de ellos. Quizá serían los compatriotas de los navegantes quienes surgieran del mar para matarlos en castigo. Quizá sería el hambre que volvería una vez más a las tierras agotadas por el mar... Miraban a su enemigo que, en la hora matinal, golpeaba brutaente la playa con las argollas tintineantes de su cadena de olas infinitas...

Apéndice:

LLUÍS FERRAN DE POL

ELS HEREUS D'EN XANTA

D'on pot venir la inquietud de l'ona? —
MARAGALL

I

Foren unes hores d'anguniosa espera. Tot el poble estava recollit a la platja amb la vista fixa al mar. Els reflexos els cegaven de roentors de sol i, amb tot, no sabien estar-se de cercar al mar el cos d'En Xanta.

De prompte uns vailets cridaren. Havien albirat quelcom i baladrejaven la descoberta. Tots s'aplegaren a l'entorn dels nois que assenyalaven un indret, no pas lluny, d'on rompien les onades. Era un cos que surava en el balanceig de l'aigua. Era la còrpora d'En Xanta. S'estranyaren d'aquella proximitat absurda. La vella energia del cabdill s'havia mutat en els moviments cansats i capriciosos dels embriacs i el cos vacil·lava damunt les ones en una tentina inacabable. Uns homes es ficaren a l'aigua; tot just els arribava als genolls i no els calgué anar gaire més endins per abastar-lo. Demanaren pals i cordes i amb l'ajut dels estris l'hissaren. Després fou portat a pes de braços. Les mans del negat brandaven, el cap es feia enrere i dels cabells s'escorria l'aigua.

Ja a terra, totes les mirades foren per a les mans d'En Xanta, per a aquelles mans que havien de retornar pletòriques i que ara restaven de cara al cel, inexplicablement buides. Tota

l'aparença d'or que En Xanta havia furtat al mar eren aquelles lluïssors de partícules de mica que, minúscules com eren, semblaven un escarni a la cobejança d'En Xanta.

El poble clamà de dolor i, davant dels planys dels aïctes, el mar tenia el bleixar d'assassí cansat..

Espiaven per veure en la faç del mort aquella ombra de follia que els havia llançats vers l'aventura, i la veien erta, immòbil. Algú s'alça enmig del poble per a cantar a Xanta en oració d'elogis...

I en la memòria de tos restà gravada la història del cobejós Xanta que corria sempre pels mercats i per les fires que es celebraven a muntanya. Els sentien encara alçar-se enmig del regateig dels que compraven i venien. El veien irat de les pobres lluentors de les monedes que passaven de mà en mà. Els parlava d'aquella moneda majestuosa, gegant, que cada dia passava per damunt llurs testes calladament i muda com si tingués por de l'ardidesa dels homes. Allò era la riquesa i no la misèria d'aquell metall aprimat de tant anar a totes mans. I, mig nu i espellifat, predicava riqueses innúmeres, i ell, que no tenia altres béns que la seva pell bruna d'intempèrie, parlava d'opulències inconegudes, després, del seu pla fantàstic:

furtar el sol. Tornaven en el record les paraules d'En Xanta.

—Voldria saber on dorm el sol. Sí, ho voldria. Si el seguíssim... Podrien anar a la seva percaça com a la del senglar o a la del llop. Li seguiríem les petges fins que arribés al seu jaç. Vosaltres de nit dormiu i jo i tothom. Ell també ha de dormir... Podríem furtar-lo aleshores. Tindríem or viu. ¿No veieu que és tebi el sol? Els vostres metalls són freds, ja no són vius...

Tots reien i el deixaven amb les seves cabòries. Deien:

—És en Xanta, l'il·luminat...

Li donaven fruites i mel i un rajolí de vi, i ell ho prenia. Continuava la seva prèdica amb la boca regalimosa. Restava sol. Només li feien d'oients la menudalla. Aleshores s'adreçava als marrecs i seguia amb la seva dèria:

—Però no, vailets, potser seria millor anar cap allà on surt. ¿No el veieu una mica ensonyat cada matí, quan la mare us mana de munyir les cabres? En aquella hora, quan us escalfeu les mans balbes en la tebior de la gerra de llet acabada de munyir, veieu el sol que es lleva ensonyat. Mentre l'escuma de la llet vessa i vosaltres en llepeu els regalims, s'estira, es deixondeix, s'espolsa aquella mena de boirina que és la son que encara li resta. Potser seria millor aleshores. Agafaríem el sol entreabaltit i el portaríem en presentalla als peus del Vell. L'or del cel sota les barbes del nostre rei!

La xicalla complaguda victorejava En Xanta i ell en pujava dos o tres damunt les seves espatlles i els emmenava tots a la font, on els capbussava fins que el cor li deia prou. En tombaven de panxa al sol i miraven aquell gran disc que un dia perseguirien amb En Xanta. Passaven les dones que retornaven del mercat i s'enduïen la mainada. Però, quan podien, s'escapolien de llurs mares i retornaven amb En Xanta.

El rei sentí parlar de les fantasies d'En Xanta i de la reverència amb què parlava de les seves barbes. Donà ordres i el portaren a la seva presència. Parlaren llargament. Quan eixí de la vista del rei cridava més alt els seus propòsits. Des d'aquell dia el poble els escoltà també, ja que el rei els havia volgut sentir i, poc a poc, tots s'emmetzinaren de la follia d'En Xanta....

Al cap d'un temps el rei donà ordres impensades. Calia preparar-se. Després de la collita deixarien les terres. Alguns malparlaven, però emmudiren quan veieren l'entusiasme de tots per perseguir l'or del sol. I la tribu es preparà a l'èxode. Emigraren de la terra grassa i humida; deixaren els conreus i, amb el bestiar i les tendes, davallaven fins trobar les rieres i seguïen avall els camins de l'aigua. Miraren per darrera vegada el fumerol que pujava de les cases, cel amunt, com l'esperit del foc familiar que els donava comiat... I Xanta era prop del rei i les seves ordres s'erlen complides no ben eixides encara de la seva boca. Caminaven sempre avall cap als llocs ignots on podrien furtar el sol. I cada matí, quan eixia, el poble el mirava com a cosa abastable i, si l'atzar feia que el dia naixés ennuvolat, somreïa i malparlaven de la por del sol...

Quan l'ardència del dia era massa atüidora, deixaven les rieres i cercaven els boscos que, per bé que eren més alts, tenien en canvi bons ombratges i fonts on abeurar-s'hi.

Aquell dia havien pujat muntanya amunt per la carena i enfilaren el pujolet ombrívol de boscúria. Els ases brandaven les llargues orelles sota la pesantor de la càrrega. Caminaven enmig de l'agra i pensant atmosfera que el bestiar congriava. Les bèsties no estaven fetes a aquell pastureig inquiet i emmagrien de la caminada. Feia un dia feixuc de calor i l'aire semblava adormit dalt de les branques. Amb tot, s'oïa un brunzir, talment com si l'aire jugués amb les fulles. Aquestes eren immòbils i la bonior creixia més i més.

—Xanta, sents aquesta remor?

No sabia què dir perquè les fulles semblaven mortes dalt dels arbres i ni un alè d'aire creuava el bosc. Tots miraven En Xanta, que restava callat com el fullatge.

A un giravolt del camí, de sobte, els semblà que s'acabava la terra. Recularen espantats. Semblava, des del pujol, que el cel continués i s'aprofundís allà on ells esperaven veure més terra. Tremolaren de la seva gosadia. Recordaren que feia molt de temps que caminaven, ni sabien quant... Potser havien fet massa via i ara la terra era acabada... Miraven En Xanta. Estava pàl·lid. Esguardava aquella blavor de tot, però els seus ulls d'aligot havien destriat aquella línia gairebé imperceptible d'escuma. Era el rompent de les ones. I els llavis meravellats d'En Xanta feren:

—És aigua...

El poble abastava amb la mirada tot el que podia i tot era aigua. Havien sospès la caminada i palplantats d'admiració no sabien sinó repetir:

—Aigua...!

I, de cop començà una carrera boja. Un enamorament sobtat de la mar. Corrien com folls cap a la platja llunyana. S'esgarrinxaven amb els esbarzers, deixaven a terra els farcells. Altres esperonaven el bestiar que s'estimbava i rodolava avall. Baixaren de la carena fins al mar i tot el poble, aplegat allà, era mut d'admiració.

En Xanta aleshores parlà pres de deliri:

—Mireu. Ja sé el secret de l'or de la terra. El sol bescanvia el seu or amb el mar. Mireu les làmines de metall com brillen un moment sobre l'aigua i s'enfonsen després amb una gran zig-zaga...

Tota la tribu esguardava aquell fondre's del sol en el mar. Veia aquell bescanviar metall i mirava el mar com ell recollia. I quant més n'engolia, el sol més n'hi lliurava. Miraven En Xanta que els predicava encara:

—Després cau en el profund del mar, es refreda i resta allà fins que algú, potser les

anguiles eixerides, el porta rieres i rius amunt i ho entafora tot en les esquerdes de les roques i en els llocs més introbables... I els homes de terra endins en colguen i es passen la vida sense claror per culpa de les entremaliadures de les anguiles (ara n'estava segur que eren les anguiles). Deu estar-ne ple el mar de metall ric! Encara no deu ésser ben fred...

I davant del poble, es despullà de la túnica, es descalçà les sandàlies. En Xanta tremolava de desig. Com un foll mirava aquella floració constant d'or, que ballava en l'aigua una dansa d'atracció. Pensava el dement en la davallada mai interrompuda de les làmines aigua avall, fins a formar un pòsit d'opulència. I de prompte, aquell cos estremit d'avidesa estripà el tapís que, amb agulles d'or brodava el sol sobre la mar...

El veieren com es debatia un moment en l'aigua com posseït d'una convulsió. La lluita fou breu. Ningú no allargà la mà a un redemptor. El poble el veié desaparèixer sota el mar. Esperà. Passava el temps i no eixia de l'aigua. Cercaven d'on sortiria En Xanta... I de prompte uns vailets assenyalaren un indret, no pas lluny, d'on rompien les onades... En Xanta. L'arrossegaren. Allà estava En Xanta amb les mans de cobejança obertes en actitud de voler empresonar el cel i la terra... I era mort.

II

En les entranyes de la tribu restà gravada en sang l'odi a la mar. La miraren com el sepulcre dels seus deliris de grandesa. Pensaren de retornar a la vella terra d'on havien eixit, però el record d'aquell vagarejar etern entre les muntanyes, aturaren la partença. Veieren aquella contrada sumida en quietud i pensaren de continuar la seva vida de camperols prop de la mar. S'endinsaren una mica en la terra i en les seves blaneses. Tallaren el vessant de la muntanya, just el que els calgué per a conrear el camp. Donaren guiatge a les fonts

de la muntanya i l'aigua baixava dòcil, plena de sentors de bosc, a somicar fins al camp dels homes. El poble no es penedí del seu nou estatge, perquè la mel vessava dels ruscós i engafetava tothora la cara de la menudalla. Es multiplicaven aquelles ramades que els seguiren famolenques en l'èxode vers el camí del sol i eren tan grassos els caps de bestiar que la llum rebotia sobre les anques rodones i brillava el pèl de sadollament. Quan pasturaven les ovelles de llana sobrera, els esbarzers lladregots furtaven sempre algun borrall d'aquelles flonjors i les filagarses gronxaven després les aranyes que lligaven caps, bo i esperant dins la xarxa mentidera, els insectes estabornits de sol.

La muntanya pletòrica reia amb les seves fonts i amb el brumir del seu fullam i amb el bel i bruelar de les ramades, i quan bufava el vent, li lliurava la cabellera untada de resina. El vent escabellava els pins.

Tanta de felicitat només tenia una cosa que l'ennuolava i era el mar. El mar desficiós que sempre demanava quelcom. Es rebolcava a les plantes de la muntanya amb la boca escumosa i, quan menys era esperat, la seva urpa s'endinsava a fer destrossa. Un dia foren tres nins que el mar s'emportà: jugaven sobre una roca a collir petxines, un va relliscar i en la caiguda, amb la mà obstinadament closa, s'emportà als seus companys... Després, tot sovint, caps de bestiar. Les tanques que feien a les hortes eren també descalçades per la fúria del monstre. I més víctimes: nins i bestiar, parets i llenques de terra que enfonsava en el seu si... Tenien la certitud que sempre els demanaria quelcom. Pensaven altre cop en la fugida, però la visió dels arenys i també aquelles collites que vessaven dels graners...

Volgueren que la seva horror al mar fos cosa eterna. Bastiren sobre un penyal que s'endinsava en el mar una ara de sacrifici. A sota hi colgaren les despulles d'En Xanta. El mar

sempre demanava quelcom... Arrossegaven els caps de bestiar fins al penyal i en feien sacrifici. La sang vessava de l'ara i a regalims queia sobre el mar com una ofrena. Els roquissars restaven un instant tenyits de rojors de sang; després, golutament, el mar llepava la molsa tenyida. Vivien bé i el mar els era l'única amenaça. Tingueren por de perdre aquella blanesa del viure present. Aquell poble exaltat tenia pors heroiques. Oferien al mar un tros del seu ésser. Li donaren dolor de la seva carn per si podien ablanir-lo. També s'ho prendria si no li'n feien ofrena. Posaren ordre en els robatoris del mar i es feren un mètode pel dolor. I per aquell temps la tribu oferí al mar la seva niada. Els homes escolliren una diada sobre la qual varen vessar esglais de sang. En el dia assenyalat s'aplegaven tots a la platja, i, de cara al mar, tota dona que hagués parit dins l'any anava a oferir el seu fill. Era una redona estremida de por. Les mares bressaven els infants... La sort decidia de la vida d'un d'ells. La mare escollida lliurava dòcilment el seu nen en braços del sacrificador i aquest el prenia en nom del mar. Després anaven tots vers el penyal de l'ara. Les mares tornaven a fer rodona al seu entorn. No treien la vista del sacrificador. Aquest agafava el nin per les cames i l'aguantava un moment en plors, de cap per avall. Així s'adreçava al mar:

—Pren el nostre sacrifici i no cap més!

I el nin era aixecat sobre el cap del sacrificador. El braç ferreny de l'home el rebotia contra l'ara. Era un cop sec. Cruixia la infantívola testa. Tota la vida fugia del nin. El sacrificador el deixava sobre l'ara amb el cap esberlat. El nen tenia encara un pernejar, un braceig com implorant la mamella materna. Després restava rígid, una glopada de sang eixia de la seva boca i la mare embogida s'acostava a eixugar aquell glop, com si fos de llet sobrera... La poca sang que s'escorria tenia el plany d'un degoteig sobre les lloses.

III

El temps s'escolava entre placideses del viure i deliris de por. Passà molt de temps i aquella calma en res no fou desmentida. Només era l'esglai de la vida dels nins que, una vegada l'any, era oferta en sacrifici propiciatori. Un dia, però, mentre la tribu traficava pel bosc i pel camp, davant els seus ulls feren entrada, en la petita badia d'enfront del poblat, unes naus pintades de colors. Les proes figuraven caps de terribles monstres que avançaven amb la boca oberta vers la platja. Tombaren una mica. Després, recularen. Varen tornar a apropar-se per a fugir tot seguit. Per fi s'acostaren i els navegants voleïaren vistoses draperies i mostraven en llurs mans tota mena de vidres colorits. Els camperols deixaren les feines del camp per tal de mirar d'a prop les barcasses panxudes de mercaderia. Baixaren fins a la sorra amb les mans netes d'eines. Els estris de conreu havien quedat abandonats damunt la terra. Baixaren encuriosits. Els navegants, que els veïeren propicis, estenien davant d'ells les teles fastuoses. Els vidres en llurs mans tenien un dring d'amical salutació. Poc a poc s'acostaren més. Poca estona després, el cap dels monstres de les naus reposava amorrat a la sorra com cansat del vagarejar d'abans. Aquelles boques semblaven exhalar un panteix de cansament; només era el mar que es rebolcava follament enmig l'escuma... Els camperols pensaren d'oferir la seva misèria als marxants. Anaren als graners i els buidaren de forment. Baixaren a la frescor dels cellers i feren presentalla així del vi ranci com del novell. Els mercaders foren una benedicció per als camperols. És veritat que els havien buidat de vi, de blat; és veritat que les ovelles havien estat esquilades arran, però els ompliren de vidres, de draps de colors, de terrissa pintada de roig i negre i, encara no contents dels seus presents, els donaren alguna moneda refulgent.

Quan les naus foren plenes de vi i de forment i quan la llana sobreixí fins a coberta en carregament apretadíssim, els marxants amb bones mostres de polidesa s'acomiadaren d'ells. Mirava el poble la partença i mirava en les seves mans aquelles lluïssors del metall que els havien volgut donar i alçaven llurs braços en senyal de comiat i en desigs que un bon vent els emmenés altra vegada cap a la seva platja.

Restà en el record de tots la meravella de la visita dels nautes. Ara miraven sempre al mar i esperaven d'on sortirien les naus amigues. Apilaven tots els productes de la terra en estibes d'oferiment. Miraven la terrissa esquerdada, els vidres mutilats, esperaven de baratar-los aleshores... I el mar sempre era buit. Pensaven en llurs terrors i les començaven a creure excessives. La mar sempre cridava, era cert. Aquell udol que no parava ni de dies ni de nits demanava quelcom. Però què? Potser no era la vida dels seus fills, potser no era avidesa de sang el que clamava el mar... Esperaven que tornessin les naus. Es penedien de no haver donat més als navegants. Potser no foren prou atents a les lleis de l'hospitalitat o qui sap si va ofendre'ls la gasiveria amb què prengueren l'or de les seves mans. Miraven els draps que els havien donat, esquinçats damunt la pell i es delien per tenir-ne de nous. Miraven el mar... No era tan dolent. La vella contalla parlava d'un combat sagnant entre el mar i En Xanta. Aquest gairebé havia ja ajupit el mar quan traïdorament l'arrabassà. En Xanta digué fins al darrer moment que el mar era servador de l'or. De què venia el seu neguit sinó de la por que li descobrissin els tresors?

Un dia tornaren. Eren les mateixes naus que anaven dretureres cap a la platja. El poble les anà a rebre i, mentre canviaven les primeres salutacions, varen aparèixer, davant el poble, la feixuguesa d'unes altes barcasses més pesantes que, lentament, feien via cap a la platja. N'hagueren content perquè els marxants

podrien carregar més aquelles naus amplíssimes. Començà el poble els seus oferiments de sempre, però els navegants assenyalaven els arbres de la muntanya que, altivament, dreçaven la seva còrpora centenària. Els camperols compregueren. Muntanya amunt, amb les destrals, van començar el robatori. Les ramades fugien espantades del cruiximent de la fusta ferida i dels retronys que despertaven en la muntanya la caiguda dels arbres seculars. Els bous foren lligats als troncs i amb el banyam arrossegaven avall els troncs feixucs d'anyades. El carregament de les naus era immens. I els camperols que delien el retorn dels navegants afartaven la seva avarícia. I, altre cop, marxaren els nautes amb les barcases gràvides de mercaderies. I el poble els esperava encara...

IV

El festeig monstruós del mar i de la muntanya durà llargues anyades. Els marxants tornaven periòdicament i escuraven els camperols. Caigueren moltes generacions d'homes que, inconscientment, lliuraren tot l'amor de la muntanya al mar. Espremen aquelles sines de la muntanya fins a esgotar-la. Era un adament que feia que tota riquesa del camp fos lliurada al mar. La muntanya li donava tota l'abundor de la seva entranya. Els arbres, el blat dels jaients, el suc dels raïms, la flor dels ramats que pasturava el seu sadollament sobre la herba fresca de les pastures altívoles... Cridava sempre el mar, famolenc de noves riqueses i l'enamorada es concentrava i produïa encara més per tal d'afartar l'avidesa insadollable... I passaren moltes i pròdigues anyades, i no contenta de la seva fecunditat, la muntanya, com una esposa bíblica, féu oferiment al senyor de les seves esclaves. I els petits pujols i muntanyoles que envoltaven l'esposa predilecta foren donats a la cobejança del mar.

Enllà del temps, la muntanya tingué com un panteix d'angoixa, els seus arbres clarejaven, les fonts tenien ara llargs silencis d'exhauriment i les ramades escuraven l'herba que abans les tapava de la vista del pastor. El seu panteix es feia més pregon. Era un cansament de la fecunditat inútil. I els camperols espremeren més les déus de la muntanya i tota la seva angoixa fou lliurada al mar. Calia que els marxants tornessin sempre... I paria amb dolor la riquesa que el mar malbaratava... Però de nits, quan el mar jeia als peus de la muntanya fet una manyaga, plorava ella una mica de delectança i, l'endemà, les ovelles s'abeuraven un xic en les fonts que la vetlla eren exhaustes. Tota la nit bescanviaven aquella delitosa ànsia d'amor que es portaven. La muntanya, olorosa dels fruits del seu ventre i del seu dolor, expandia la seva delectança pels aires en una feble queixa, en uns parrups apassionats, en uns xiuxieigs que es filtraven pels arbres, passaven pel sedàs de les oloroses fruites suspeses, per la maduresa dels blats, per la frescor de les fonts i en ales de l'oreig es donaven al mar. I el mar cremava la faç de l'amada amb el seu alè salabrós, feixuc de sentors marines... Però ara l'oratjol no trobava ja tants de sedassos per a fer aquella mixtura estranya que era el bes de la muntanya, besada sàvia, carregada d'efluvis de femenils olors... Ara besava amb un petó cansat ple d'anuncis d'un proper exhauriment i, poc a poc, el mar es tornà de mena esquerra i egoista. Tan tost enfurismat com planyívol, tan tost viril com cansat. Tan tost besava com escopia les seves plantes. Tempesta o calma. Neguit o lassitud... I la muntanya, divinament serena, s'emmirallava en aquelles calmes de l'amat o es donava estremida a la fúria dels rampells de follia. Les fonts repetiren les pors de la muntanya i l'angoixa d'un exhauriment. El cant de l'aigua de les fonts parlava amb un soroll mansoi paraules blanques com de malalt, que el mar gairebé ja no sentia... I els marxants

tornaven amb les barcases obertes sempre, com feminitats estèrils...

I com més atüida es mostrava la muntanya, més delit tenien els homes d'esgotar-la amb les seves cobejances. I arribà a un punt de lassitud extrema. Aleshores la desesperança dels homes els féu burxar en el seu esgotament i, gasius, li llevaren les darreres esperances. Els arbres li foren arrabassats d'arrel. Els ramats cada dia més magres no sabien ja on menjar i grufaven famolencs la terra allà on tenia remota sentor d'herbes.

I la fam, talment la fam, s'apoderà d'aquell poble que havia estat sadoll de tots els bens de la terra. I cercaven en va en aquelles terres la vella prosperitat de la que havien viscut tant de temps. I ploraven de desesperança cruelment agullonats per la fam. Feien via cal al mar. Ja feia temps que els marxants no venien... Tornaven a la ment del poble aquelles històries antigues de les malvestats del monstre. Veien el cos d'En Xanta arrabassat al profund del mar i després el bestiar i els nins. Tota aquella flor del nadons que havien lliurat al mar per tal de fer-lo propici. Després li lliuraren, en la persona dels marxants tots els bens acumulat a canvi de miserioses mercaderies. Pensaven en aquelles collites i es torturaven amb la visió dels prats curulls de bestiar, amb els boscos altius... Miraven el mar, que batia la roca al cim de la qual els antics havien alçat la sepultura d'En Xanta per eternal escarment dels que amaven el mar. I amb tot, ells i els seus pares que els havien precedit en la folia, transportaren tota la riquesa de la muntanya i l'havien posada en la panxa grollera de les naus. Aquells boscos on mai no entrava el sol s'havien mutat en la terra erma d'ara, plena de llangardaixos que es dauraven l'espatlla sota el sol implacable. Recordaven aquella llana que penjava de les espines del bosc en flocs riquíssims i que deixaven com a testimoni d'opulència... I la fam ara, i res més que la fam.

I davant, el mar, aquella extensió que els feia embogir. A voltes els semblava que era com un camp verd de promences d'una collita enorme. Tornaven dels deliris de la febre a la realitat crua i veien aquella extensió inútil, aquella plana immensa que mai no podria ésser estripada amb el diví esvoranc de la rella. Aquella quantitat monstruosa d'aigua que no podia aquietar la seva set, ni fer revenir les fonts mudes, ni portar una guspira de vida a les terres resseques... I tenien fretura de qualsevol menja i cercaven adelerats tota mena d'animals immundes i ni allò era prou per a la seva gana. Tornaven al mar que cantava també el seu prec famolenc.

Jeien damunt la sorra lassos d'inanició i encara tenien els ulls fits en les planes inacabables del mar. I la fam els era l'única companyia. De prompte es sentí una gran cridòria. S'alçaren com esperitats. Més que crit era una mena de ronc:

—Naus, són les naus...

I miraven les naus i escoltaven el clapoteig dels punxuts vaixells que, de cop i volta, veieren davant seu. Costejaven tan a prop que es sentien les estrebades de les veles, inflades com ventre de dona fecunda. Els crits seguien. I els homes que anaven a coberta alçaven les mans. I no baixaven veles i les mans tenien una insistència de comiat. Compregueren clar que els navegants no s'aturarien mai més en la platja misteriosa... Ni els vells amics es recordaven d'ells... I el clapoteig seguia i les naus no amorraven a la sorra. I aquelles mans tenien un comiat etern... La fam els guià. Muntaren amunt les barques que els nautes deixaren inútils, mig estavellades de sol. En un instant foren a l'aigua. Aquells pobres bastiments feien aigua, navegaven de tort, s'entravessaven. Remaven amb trossos de fusta, mentre amb les mans anaven traient l'aigua que feien. Quan els navegants veieren aquelles cares famolenques, volgueren donar altre camí a les naus. Provaren d'internar-se. La

maniobra els féu perdre vent i les veles caigueren com lliurades a la fúria dels famolencs. Eren ja prop de les naus. Aquestes provaren de muntar els remes a tota pressa. Remaren uns instants desesperadament. Les naus semblaven monstres espaordits que volien volar i no podien. Els remes tenien una angúnia de deixar aquella aigua que els feia semblar les gavines en prendre el vol... Els encaçaren. Aquells homes flacs, d'ossos que semblaven esclatar a flor de pell, atüien amb la follia del seu desesper la fortitud dels nautes. Els remes voleiaven ara i els caps eren cruelment estavellats contra la borda. I com embogits per la menja que es dilatava, els camperols els atüiren de mort. Es tiraren sobre el forment brut de sang i el mastegaven tràgicament barrejat amb la sang enemiga... Les veles dels vaixells foren esquinçades i aquests portats a la platja en triomf. Les dones els esperaven amb els fills dalt les espatlles perquè veiessin l'alliberament. Amorraren les naus i goludament menjaren damunt d'elles fins a no poder més. Després tota provisió fou partida. Endinsaren més les naus i anaren a cercar llenya i com un repte al mar, davant seu, calaren foc a les carcasses. Pujaren les flames altíssimes i les boques dels monstres de les proes semblaven animals vivents que escopissin foc. Començaren de cantar tots ritmes bàrbars i la dansa de triomf

començà la seva estridència. El mar semblava haver emmudit i no es sentia altra cosa en la platja que el cant ferotge de guerra. Voltaven els homes la foguera on els enemics es consumien. Pujava alta la fortor de la carn cremada. Poc a poc les dones entraren en el cercle de la dansa. Queien les túniques a l'impuls del ball. Els pits de les dones, rojos del foc, ballaven lliures como cadells, i més tard atüides de cansament es deixaven anar sobre la platja. Els guerrers les miraven bleixar. Els pits anaven i venien... I els ritmes de la dansa guerrera naturalment es fongueren amb els ritmes de l'amor... Tota la nit la tribu baladrejà impúdicament els seus desigs sobre la platja ensagnada.

Les lívides resplendors del dia que naixia trobaren el poble desvetllat de cansaments. I en aquella hora matinal, blanca i freda, com un presagi es sentia el plany inacabable del mar. El poble s'havia extenuat en fer-lo callar. Ara mesuraven la tragèdia de la seva impotència. El mar es venjaria d'ells. Potser serien els compatricis dels nautes que arribarien del mar per occir-los en puniment. Potser seria la fam que tornaria altre cop sobre les terres esgotades pel mar... Miraven el seu enemic, que, en l'hora matinal, colpejava brutalment la platja amb les anelles dringants de la seva cadena d'onades infinites...